

Nunca he permitido que la escuela entorpeciese mi educación

TERESA ÁLVAREZ GONZÁLEZ

Si mi señora se enterase se iba a carcajear de lo lindo. La conozco bien. Presume de feminista y liberal. Asegura, a quien quiera escucharla, que apuesta por la igualdad del género humano. Y como prueba de tanta tolerancia aporta el matrimonio de su hija pequeña, Tamara, con un negro estadounidense. Pero puedo asegurar que si disfrutase de escudo nobiliario el lema rezaría: siempre ha habido clases...

Preside un club de lectura en el ateneo y no pierde oportunidad de afirmar lo mucho que le gusta leer, pero jamás la he visto con un libro en las manos. Me suele dar la ropa que ya no utiliza. Insiste en que yo herede —ese es el término que utiliza— su vestuario. Cojo las bolsas con nombres de boutiques caras y me las llevo a casa por no verle la cara de contrariedad que pone, con sus morritos operados, cuando algo no fluye según sus reglas. Luego no me lo pongo; aunque le jure que sí lo hago, para ir los domingos a misa. Dos mentiras en una. Me veo rara con sus vestidos, como si el solo contacto me fuese a convertir en un ser retorcido y cuando menos me lo espere empiece a parlotear como ella.

Sin embargo, jamás me ha regalado un libro y eso que los tiene a centenares. Lo sabré yo que les tengo que quitar el polvo. Supongo que si se lo pidiese, me lo prestaría, pero no quiero darle ese gusto, ni ver su risita de superioridad. Seguro que emplearía esos golpecitos admonitorios en el hombro, con los que acostumbra a obsequiar cuando intenta imbuirte de su sabiduría. Yo los tomo prestados y los devuelvo sin que nadie los eche en falta. A veces me encierro en una habitación, retiro los muebles y enchufo la aspiradora en la máxima potencia. Allí me paso mis quince minutitos leyendo.

Pues bien, hoy ha sido el primer día y la verdad que arrastraba todo tipo de prejuicios. Me probé, más por inseguridad que por convicción, un traje de mi patrona, pero al mirarme en el espejo me sentí tan ridícula, que por poco rompo la cremallera por la urgencia de deshacerme de él. Me coloqué unos pantalones negros y un jersey de Zara, lo que llamo mi uniforme de eventos. Arreglada pero informal. Es mi estilo, me dije.

Hasta los nueve años acudí a la escuela: Hasta cursar lo que llamaban «ingreso», solo que yo no ingresé jamás. Era un colegio de monjas donde las pobres entrabamos por una puerta lateral y las ricas por la principal. Incluso se nos distinguía en la distancia por el color más oscuro de nuestros baberos.

Según mi maestra hubiese sido una gran estudiante. La muy ingenua llegó a citar a mi madre para aconsejarle que me alentara en mi formación. Afirmó que yo poseía una inteligencia excepcional. Ella ni siquiera fue capaz de repetir aquel adjetivo cuando se lo contaba a mi padre. Aunque poco importaba, porque él, por regla general, no nos hacía el menor caso.

Sinceramente me hubiese conformado con acudir a las clases de mecanografía de la academia de doña Conchi. Pero los astros no se conjuraron a mi favor y quedé a cargo de la casa familiar y de los hermanos, mientras mi madre comenzaba la dinastía de mujeres de la limpieza. Una fuga de cerebros, como se diría hoy.

Me considero autodidacta. Lo mismo leo las revistas científicas del suegro de mi patrona, que las novelas de amor de mi vecina. Soy una apasionada de los concursos culturales de la tele y mi sobrina siempre dice que debería ir a participar. Ella me sobrevalora.

Tenía que estar a las cinco. Las tripas se me amarraron en un nudo y me disuadieron de comer. Bebí una tila. El autobús se retrasó; aun así me planté allí un cuarto de hora antes. Ya había gente por los alrededores, algunos entrando ya en el edificio. Merodeé un rato para hacer tiempo y no ser de los primeros. Recordé el famoso primer paso de los mil kilómetros y con aire decidido subí los escalones.

Me animó a apuntarme una compañera que limpia en casa de un catedrático. Ella fue la que me trajo el folleto. ¡Ea! como opina que soy una intelectual. Sé que lo dice con mala leche, pero en el fondo noto que lo cree de verdad. Ya ves tú. La *wikipedia* me apodan en el grupo de whatsapp.

Había memorizado el número. Todo estaba debidamente señalado y pronto lo localicé. Una nube de cabezas canas, ellos sobre todo; nosotras no tenemos pudor en engañar al tiempo con un buen tinte. Me senté en una esquina cerca de la puerta, por si sentía la necesidad de huir. Una mujer se colocó a mi lado, buenas tardes. Respondí algo intimidada y ella debió entender que no tenía ganas de charla porque hurgó en su bolso para silenciar el móvil y

sacar una botellita. Lo que daría por un buen trago de agua, pensé.

Por deformación profesional, lo primero que detecté fue la necesidad de un repaso con limpiacristales a las ventanas. Expulsé esa idea de la cabeza enfadada conmigo misma. Siglos de impronta maruja en el ADN no desaparecen tan rápido.

Se mascaba el interés y las ganas de aprender. Los hijos de mi señora siempre desafiaban al profesor particular con ojos que decían «a mí tú no me puedes enseñar nada». Sonreí al imaginarlos compartiendo pupitre con la *chacha*. Se desmonta el mito de que paseamos nietos y contemplamos obras.

Experimenté, no obstante, una absurda decepción al comprobar que no pasaban lista. Me hubiese hecho ilusión que se pronunciase mi nombre en aquel recinto. Quizás contestar, presente, o simplemente, sí.

Un pipiolo, que no había nacido en esa década, compartió con nosotros su pasión por el cine americano de los años setenta. Olvidé tomar apuntes y eso que estrenaba cuaderno. Pasaron los noventa minutos en un suspiro.

Un revuelo de sillas abatibles. Cambio de aula. Toses largo rato reprimidas. Teléfonos inteligentes echando humo. Nada que envidiar a un recreo de adolescentes. Un intercambio afanoso de fotos, como fiel testimonio para demostrar quién lo pasó mejor el fin de semana.

No cabía ni un alfiler. El jersey me estorbaba. Ponto se me olvidó el ambiente asfixiante. Un escritor famoso nos reveló los momentos estelares de la historia de España.

Góngora pareció reencarnarse en el joven que se subió a la tarima y que agitaba unas *Soledades*

manoseadas. Sobre el silencio, bolígrafos y lápices arañando el papel.

En un tablón de noticias anunciaban un viaje cultural a Granada. Sólo para alumnos de la Cátedra Intergeneracional. Sentada unos minutos en un banco del patio respiré aquel ambiente y acaricé el carnet universitario. Mi propia cara me devolvía la mirada.

De vuelta a casa, la carpeta contra el pecho, subí al autobús y me alegré de que nadie me cediese el asiento. No había jerarquías de edad, todos éramos mayores.